

ECUADOR Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez-Parga. 1982-1991
Editor: Fredy Rivera Vélez
Asistente General: Margarita Guachamin

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del **Centro Andino de Acción Popular CAAP**, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 30

ECUADOR: US\$. 9

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 12

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$. 3

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173 B, Quito - Ecuador

Tel: 2522763 • Fax: (593-2) 2568452

E-mail: caap1@caap.org.ec

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Magenta

DIAGRAMACION

Martha Vinuesa

IMPRESION

Albazul Offset

ECUADOR DEBATE

65

Quito-Ecuador, agosto del 2005

PRESENTACION / 3-6

COYUNTURA

El abril que se llevó al Coronel que no murió en el intento / 7-20

Pablo Ospina

Desde la integración blanda y el comercio rígido al regionalismo autónomo / 21-38

Eduardo Gudynas

Conflictividad socio-política Marzo-Junio 2005 / 39-52

TEMA CENTRAL

Acerca del localismo ecuatoriano / 53-66

Hernán Ibarra C.

Los actores de la construcción territorial, desarrollo y sustentabilidad / 67-82

Roberto Santana

Autonomías regionales y unidad nacional / 83-112

Franz Xavier Barrios Suvelza

Una propuesta para evaluar la regionalización / 113-136

Iván Navarro Abarzúa

Descentralización y regionalización en el Perú / 137-154

Javier Azpur

Integración Europea e identidades regionales / 155-176

Mario Caciagli

DEBATE AGRARIO

Efectos de la producción agropecuaria en los suelos de los páramos:
el caso de Guangaje / 175-194

Mercedes Alomía

ANÁLISIS

Descentralización en América Latina, Venezuela y Bolivia / 195-222

Rickard Lalander

Aproximación sociológica a los estudios de la familia: escuelas, conceptos y tendencias / 223-234

Rubén Cruzata Santos

Desde la integración blanda y el comercio rígido al regionalismo autónomo*

Eduardo Gudynas**

Mientras los gobiernos ofrecen discursos anunciando la integración Latinoamericana, la realidad cotidiana muestra que esos intentos se enfocan en acuerdos económicos con pobres resultados. La década neoliberal ha cambiado sustancialmente nuestras sociedades y una de sus consecuencias es la defensa de una "integración blanda" que permite amparar los más diversos discursos pero que no logra una vertebración política entre los países ya que las condiciones de un "comercio rígido" hacen que unos compitan contra otros.

Los procesos de integración regional de América Latina están inmersos en una situación paradójica. Por un lado ha ganado terreno la defensa de una unión más vigorosa y estable entre países, la que es constantemente invocada desde las tribunas políticas. Pero; por otro lado no se logran concretar medidas efectivas para establecer esa integración más profunda, los conflictos comerciales se repiten, el fantasma de cierto nacionalismo simplista se asoma a cada tanto, y el camino de las alternativas concretas apenas se está esbozando.

Los análisis convencionales enfatizan los aspectos comerciales y econó-

micos, tales como las medidas arancelarias. Pero esas cuestiones no alcanzan la médula de los problemas de la integración regional. La integración Latinoamericana no es un mero hecho comercial, y no puede ser analizada únicamente desde el campo económico, sino que en realidad expresa hechos políticos. En este artículo se abordan algunos de esos aspectos, y en especial aquellos que están pasando desapercibidos o bien aparecen confundidos con otras cuestiones. Entre otros se destaca el que a pesar de la supuesta "derrota" del neoliberalismo, se cumplieron casi todas las reformas propuestas, las que generan nuevos escenarios sociales y económi-

* El presente texto es una versión revisada de un artículo publicado en la "Revista del Sur", y ofrece adelantos de un próximo libro del autor sobre integración regional y desarrollo sustentable.

** Gudynas es investigador en D3E (Desarrollo, Economía, Ecología, Equidad – América Latina) y CLAES (Centro Latino Americano de Ecología Social), Montevideo, Uruguay (claes@adinet.com.uy).

cos; se analizan los efectos que generan aquellos nuevos gobiernos que se auto-definen como “progresistas” pero que todavía no logran concretar medidas económicas y comerciales alternativas. Cuando se incorporan esos temas olvidados se observa que se mantienen condicionantes económicas y estrategias comerciales rígidas, mientras que las propuestas de integración son imprecisas, recubiertas con declaraciones de aspiraciones muy variadas, y por lo tanto acomodando visiones muy distintas que logran pocas medidas efectivas.

La marcha reciente de la integración

Los esquemas de integración ensayados por los países Latinoamericanos desde mediados de la década de 1980 han sufrido muchos cambios. La crisis económica y política de aquellos tiempos terminó en una redefinición internacional de varios países. Por ejemplo, se redujo la competencia por el liderazgo regional (Colombia centró su atención en sus conflictos internos y estrechó sus relaciones con EE.UU., México avanzó en una asociación funcional de su economía a la de Estados Unidos, Argentina comenzó una dura reforma neoliberal, etc.). Los acuerdos regionales con una larga historia, como la Comunidad Andina de Naciones (CAN) o el Mercado Común Centroamericano (MCCA), sufrieron muchas modificaciones que si bien eran frecuentemente presentadas como un “relanzamiento”, en realidad recortaban sus aspectos políticos y acentuaban los objetivos comerciales. Paralelamente se crearon nuevos acuerdos, destacándose el Tratado de Libre Comercio de América del Norte

(TLCAN) y el Mercado Común del Sur (MERCOSUR).

En el plano geopolítico, Estados Unidos continúa desempeñando un papel sobresaliente hacia condicionar y modificar la agenda regional, tanto por medios diplomáticos, como a través de instrumentos económicos o incluso intervenciones directas. En este plano EE.UU. está avanzando en una estrategia que abandona el multilateralismo para basarse en posturas unilaterales (con expresiones en temas comerciales, por ejemplo, prefiriendo los TLCs a las negociaciones globales en la OMC; (Gudynas, 2004). La relación comercial que defiende Washington es asimétrica, basada en ganar acceso a los mercados de los países de América Latina mientras mantiene sectores domésticos protegidos (por ejemplo, agricultura), impone el libre flujo de capitales y regulaciones sobre temas como patentes y protección a las corporaciones. La propuesta del ALCA significaba profundizar esos cambios por medio de una ampliación de un acuerdo tipo TLCAN al resto del continente. Esta visión del “libre comercio” ha quedado asociada a su estrategia de seguridad nacional (véase US 2002).

En el plano económico y comercial, los intentos de integración también están limitados por la condición periférica y subordinada de los países Latinoamericanos (véase por ejemplo las discusiones en Arrighi 1998, Martins 2005). La estructura productiva muestra una fuerte participación de la extracción de materias primas, una alta proporción de ellas alimentando las exportaciones, siendo tomadores de precios internacionales, y por lo tanto muy sen-

sibles a los vaivenes en los mercados globales. En muchos casos la deuda externa acentúa aún más las condicionantes impuestas por los agentes financieros, promoviendo reformas más profundas en busca de atraer inversiones. En casi todos los países se llevaron adelante reformas neoliberales que limitan las opciones económicas, pero que además condicionan las opciones posibles en la integración. Así, se efectuaron privatizaciones de empresas estatales, avanzándose en la transnacionalización de la economía, la liberalización del comercio y flujo de capitales; la inversión extranjera cobró un papel sustancial.

Las empresas estatales privatizadas terminaron en manos de un conjunto reducido de transnacionales que en la mayor parte de los casos son indiferentes o contrarias a los procesos de integración. En unos pocos casos, especialmente en el Cono Sur, fortalecieron algunas coordinaciones productivas en tanto implantaron nodos de actividad a nivel regional, donde solo se conservaban unas pocas filiales mientras se cerraban las demás con el consiguiente impacto laboral (por ejemplo, en el sector automotor se mantenía una o dos plantas de fabricación desde donde se abastecía todo el Mercosur, clausurándose las demás filiales).

En muchos casos tuvo lugar una desindustrialización con pérdida de puestos de trabajo genuinos, ocasionando el aumento de la informalidad y persistente pobreza para una enorme proporción de Latinoamericanos. Si bien crecieron las exportaciones, esto no se

logró por un salto cualitativo en las capacidades de industrialización, ya que en muchos países se acentuó todavía más la exportación de productos primarios. Paralelamente las importaciones crecieron mucho más, generando déficits comerciales crecientes, a lo que se sumó el regreso del peso del endeudamiento externo (véase CEPAL 2001; Birch y Haar 2000; Martins 2005).

Tampoco debe olvidarse que los actores envueltos en el debate sobre la integración regional también cambiaron. La transnacionalización económica significó una notable pérdida de poder político para algunos representantes tradicionales del empresariado nacional, que fueron reemplazados por ejecutivos de corporaciones extranjeras. La despolitización y delegación democrática desembocó en un menor papel de los parlamentarios, los gobiernos locales e incluso de los sindicatos, al centuarse el déficit en la información pública se empobreció la discusión sobre la inserción regional.

La vida política en muchos de los miembros de la CAN o el MERCOSUR derivó hacia una "democracia delegativa"¹, con un fuerte protagonismo presidencialista, a veces con sesgo autoritario, con el consiguiente debilitamiento de las instancias parlamentarias, y la erosión de los mecanismos de participación ciudadana (por ejemplo, la presidencia de Perú con A. Fujimori, C. Menem en Argentina) Es visible el caso del Mercosur, su evolución se estancó en un acuerdo intergubernamental, donde las "cumbres presidenciales" deben de-

1 Sobre este concepto véase a G. O'Donell, 1977

cidir sobre una amplia variedad de temas. La incapacidad de generar políticas productivas regionales tiene como una de sus expresiones más agudas, la ausencia de una política agrícola común tanto en la CAN como el MERCOSUR, pese a ser un sector clave desde el punto de vista productivo y exportador de cualquiera de sus miembros. Incluso se llegó a postular acuerdos comerciales "sin política" tal es el caso de la negociación de un tratado de libre comercio entre Bolivia y Chile, países que si bien no mantienen relaciones diplomáticas formales parecían dispuestos a vincularse únicamente en el plano comercial.

Los actores estatales que podían incidir en encauzar la integración también fueron muy golpeados. Varias agencias estatales claves en el diseño de las políticas de desarrollo fueron desmanteladas e incluso se desvaneció el concepto de "planificación" del desarrollo. Al carecerse de estrategias claras de desarrollo en el plano nacional era más que difícil acordar planes comparados a nivel regional.

Los esquemas actuales de integración no permitieron detener este proceso de deterioro. En el caso del NAFTA se acentuó todavía más la dependencia comercial de México, mientras que la CAN o el Mercado Común Centroamericano que no lograron fortalecerse políticamente, viven el riesgo de debilitarse todavía más por los acuerdos comerciales de casi todos sus miembros con los Estados Unidos. El MERCOSUR logró detener la propuesta del ALCA, pero las promesas de concretar una unión aduanera y profundizar espacios para políticas comunes no se han concretado.

Es evidente que todos estos bloques comerciales poseen diferencias muy importantes entre ellos, y no se pretende olvidarlas, pero es necesario advertir que más allá de esa diversidad, estos procesos regionales no han logrado detener el constante rezago de la región en el comercio global, no han servido para enfrentar colectivamente las grandes crisis y no han superado sus problemas internos. También está claro que las potencialidades de uno y otro acuerdo para generar otro tipo de integración son distintas, y sin desechar esas opciones, es importante reconocer que no han sido aprovechadas de manera adecuada, no se asumieron las responsabilidades para llevarlas adelante y nadie parece dispuesto a pagar los costos que las nuevas posturas pudieran significar.

Conceptos difusos, prácticas diversas

A pesar de todos estos problemas, la idea de la integración regional sigue contando con importantes apoyos. En el pasado se apelaba a la imagen de la "unidad" de América Latina, buscándose un compromiso político ya que la articulación entre países era parte de una plataforma política, respondían tanto a demandas nacionales como a buscar formas alternativas de presentarse frente al mundo. En aquellas ideas de décadas atrás la articulación entre países se correspondía con estrategias de desarrollo nacional y con ciertos objetivos de incidencia a nivel mundial (ver por ejemplo a Devés Valdés, 2003).

Las referencias a la "unidad Latinoamericana" se mantienen en la actualidad, pero el contenido de la discusión es muy distinto. El relacionamiento en-

tre los países pasa a considerarse esencialmente en un plano comercial; se confunde “integración” con “acuerdos comerciales”. Seguramente el mejor ejemplo del abordaje conceptual de esos años fue la propuesta de “regionalismo abierto” de la CEPAL (1994). La elaboración cepalina concebía a la integración como un proceso esencialmente comercial, en particular basado en las rebajas arancelarias y apertura de los mercados nacionales al exterior; la liberalización no sólo era dentro de una región sino al mundo, suponiéndose que operarían mecanismos de competitividad convencionales que permitirían una mejor inserción exportadora.

Las ideas cepalinas fueron funcionales a las reformas de mercado y por lo tanto se expresan en un “vacío de la política” en varios planos: ignoran la política internacional (por lo cual no consideran la geopolítica regional ni los conflictos sobre la seguridad); no se discuten adecuadamente las políticas de desarrollo en la perspectiva regional; y finalmente, existe un vacío en la política ciudadana (no se exploran en detalle la promoción de la participación ciudadana y la apropiación política de la integración). Es por lo tanto una visión “contractual” de la integración, donde los gobiernos intercambian concesiones comerciales, con una institucionalidad mínima, y promotores de la globalización. El ejemplo, a juicio de CEPAL, era el TLCAN.

Las ideas de la CEPAL entendían que la globalización, en especial la económica, representaba un aspecto positivo, y por lo tanto la integración era una mediación para acelerar la inserción en

ella. Esto tiene una consecuencia clave donde el “regionalismo abierto” no contradecía la globalización actual sino que era funcional a su promoción. La propuesta de CEPAL ponía como ejemplo al TLCAN, un acuerdo de libre comercio ortodoxo, donde se subordinaban temas claves (como laboral, ambiental y manejo de fronteras), y no se establecían mecanismos de coordinación política. La CEPAL no logró advertir que el TLCAN antes que un marco de integración se constituyó en un instrumento de relacionamiento asimétrico y en una nueva forma de manejo y regulación de los capitales; tampoco advirtió que no generó mayor autonomía en México sino que acentuó la asociación funcional de su economía, vía el sector de “maquilas”, a las demandas productivas en EE.UU.

El “regionalismo abierto” de la CEPAL y otras ideas parecidas se desarrollaron en paralelo a las reformas neoliberales, nunca lograron detenerlas y son responsables de haber promovido indefiniciones en temas claves (en especial en el plano político), y esa misma indefinición permitía que esas ideas fueran invocadas en muy diferentes contextos y reflejando distintas posiciones conceptuales. Se generó una enorme confusión donde los gobiernos de América Latina hablaban una y otra vez del “regionalismo abierto” para defender posiciones diversas y a veces contradictorias, incluyendo las reformas propias del Consenso de Washington. En algunos casos el “regionalismo abierto” de la CEPAL no sólo era funcional al neoliberalismo de esos tiempos, sino que además lo promocionaba al insistir en as-

pectos como la desregulación comercial.

Los temas olvidados

Los análisis convencionales, y posiblemente el de CEPAL sea el mejor ejemplo, continúan hasta el día de hoy dejando temas esenciales de lado. Por lo tanto es necesario recuperar los "temas olvidados", ponerlo bajo discusión y analizar las relaciones entre ellos y sus implicancias para la integración regional. Se debe reconocer que han tenido lugar importantes cambios en la estructura y dinámica tanto de la sociedad política como de la sociedad civil.

Han cambiado cuestiones como las expectativas de las personas sobre los procesos políticos, los roles que asumen, los espacios disponibles para ese ejercicio, y las elaboraciones sobre las estrategias de desarrollo que se definen. Esos espacios son determinantes en los procesos de integración, ya que no sólo generan imágenes y símbolos sobre la integración regional, sino que también determinan las opciones de desarrollo que se deben articular entre los países.

La herencia neoliberal

Ultimamente se sostiene que el neoliberalismo fracasó y se mira con optimismo una "nueva izquierda" que se difunde en América Latina, tomando como indicadores un conjunto heterogéneo de hechos, desde algunos alzamientos ciudadanos al triunfo de candidatos presidenciales que se autodefinen como "progresistas". La conjunción entre el "fracaso" neoliberal y la "nueva izquier-

da" permitiría fortalecer los procesos de integración. Sin embargo hay muchas otras señales que enfrían ese optimismo, y es posible citar algunos ejemplos destacados: dentro de la Comunidad Andina se mantienen los problemas y nuevamente se suspendió la aplicación de un arancel externo común; en el seno del MERCOSUR sigue sin existir acuerdos en muchos temas comerciales y no se concreta la instalación de un Parlamento regional; y a nivel continental se han sucedido discrepancias sobre cómo proponer candidatos a la secretaría de la OEA, la dirección de la OMC y la presidencia del BID.

Estos problemas en los procesos de integración se deben a fuertes condicionantes que operan sobre cada país, y para comprenderlas es necesario revisar la idea de la supuesta "derrota del neoliberalismo". En el terreno de la política partidaria y la composición gubernamental, es cierto que en los últimos años muchos candidatos conservadores que apostaban a profundizar todavía más la propuesta neoliberal de los años 90, no triunfaron (ejemplos de esas derrotas son Menem en Argentina, Serra en Brasil, Stirling en Uruguay, y Lavín en Chile). También es cierto que las evaluaciones de opinión pública muestran un creciente descontento hacia algunas medidas convencionales como las privatizaciones de empresas estatales o la flexibilización laboral. Actualmente se habla de un eje de "izquierda" o "progresista" en varios gobiernos (Lula da Silva en Brasil, Néstor Kirchner en Argentina, Hugo Chávez en Venezuela, Tabaré Vázquez en Uruguay, y a veces Ricardo Lagos en Chile). Los programas de gobierno invocan ideas del campo

de la izquierda o centro-izquierda, en algunos casos los políticos se autodefinen a sí mismos dentro de esas corrientes (aunque una vez en el gobierno pueden tomar medidas muy distintas a sus promesas de campaña) y todos tienen discursos con fuertes invocaciones a la integración.

Pero también se debe admitir que el programa neoliberal desarrollado en América Latina desde mediados de la década de 1980 logró cambios sustanciales en la organización del Estado, la dinámica política, el papel de la ciudadanía y la economía. No se pueden olvidar casi dos décadas de reformismo mercantil. Si se revisan las grandes demandas de reforma presentadas por el Consenso de Washington, o por el Banco Mundial en la década de 1990, se debe reconocer que casi todas ellas ya se han cumplido, o incluso están en marcha en estos momentos. Un interesante ejercicio es analizar las propuestas que desde el Banco Mundial S.J. Burki y sus colaboradores presentaron sucesivamente en 1997, 1998 y 1999 bajo el ambicioso título de "una agenda de reformas para América Latina y el Caribe en la próxima década". Se puede observar que sus consejos en temas como la apertura comercial, generación de servicios privados y cambios en el papel del Estado, se han cumplido en casi todos los casos.

Además de esos factores externos, se han sucedido muchas otras transformaciones internas que han generado profundos cambios sociales y políticos. Ha existido un "corrimiento" hacia posturas conservadoras, y lo que hoy se define como "izquierda" o "progresista" se lo hace bajo puntos de referencia que

son distintos a los utilizados en décadas atrás. Esta problemática es evidente en varios casos donde desde los sectores "progresistas" se defienden posiciones que poco tiempo atrás hubieran sido cuestionadas como "conservadoras" u "ortodoxas". Por ejemplo, la Concertación por la Democracia en Chile promueve una nueva generación de medidas de flexibilización laboral e insiste en la apertura unilateral comercial con débiles compromisos políticos dentro de América Latina (manteniéndose por ejemplo el conflicto fronterizo con Bolivia). Posiblemente el caso más dramático sea el gobierno Lula da Silva en Brasil, ya que sus políticas económicas también son convencionales, continuando las ensayadas por F.H. Cardoso, aunque en otros temas las acentúa (es el caso de un alineamiento más fuerte con el FMI). Existen particularidades en el gobierno del Partido de los Trabajadores, por ejemplo el énfasis en la expansión de la agroindustria y el fortalecimiento de la consulta ciudadana, pero las medidas que se esperaban en el área social, educativa y ambiental no se han concretado adecuadamente (otras opiniones de destacados analistas son todavía más críticas; por ejemplo Arruda Sampaio, 2005). En otros casos, gobiernos que se presentaban inicialmente como de izquierda, viraron hacia posturas ortodoxas, a veces retomando la agenda neoliberal (por ejemplo, Toledo en Perú, Gutiérrez en Ecuador). En cambio, Argentina sí está explorando otras posturas en materia de política económica, con posiciones más independientes frente a las instituciones financieras internacionales, ensayando el fortalecimiento de algunos sectores productivos, intentan-

do la recomposición política, y con gestos muy positivos en materia de derechos humanos².

Los determinantes económicos parecen volverse sobre las aspiraciones progresistas, y permutan las agendas de regreso hacia medidas de gobierno concretas similares a las ejercidas en la década de 1990. Se justifican esas medidas apelando a las imágenes sobre la “seriedad” (un manejo ortodoxo de la economía sería “serio”, mientras que el ensayo de alternativas es “inmaduro”, “no profesional”, “sin experiencia” o “parte de la vieja izquierda”). Las restricciones económicas propias de las economías periféricas, hace que las naciones Latinoamericanas constantemente compitan entre ellas ante los mercados de destino como en la atracción de inversiones, y por lo tanto una y otra vez fracturan los esfuerzos de integración, no logran generar una coordinación productiva y evitan entrar en el campo político. De esta manera los gobiernos se quedan con un discurso integracionista que es florido, emotivo y a veces grandilocuente, pero que tiene enormes dificultades para concretarse en la práctica. Esas razones están detrás de los problemas dentro de los bloques comerciales y en la descoordinación a nivel global. En este aspecto podemos citar otro ejemplo: la ausencia de coordinación de los miembros del MERCOSUR en sus negociaciones con China a fines de 2004, donde Argentina, Brasil y Chile emprendieron conversaciones en

forma individual, donde la competencia entre sus ofertas fue muy bien aprovechada por los enviados de Pekín para obtener mayores ventajas.

Una cultura individualista y violenta

La dinámica cultural también ha cambiado sustancialmente ya que buena parte de nuestras sociedades ahora privilegian el consumo y la posesión material, su definición de la calidad de vida está recostada en el acceso a bienes como electrodomésticos o el automóvil, y muchos servicios han sido transferidos al sector privado. Las interacciones en los espacios públicos se han reducido y se enfatizan la esfera íntima; muchas actividades que se coordinaban en los ámbitos públicos han sido reemplazadas por relaciones contractuales comerciales (compra – venta de bienes y servicios), la solidaridad está en retroceso y se busca el beneficio personal.

Muchas personas han saboreado durante distintos tramos de la década de 1990 de altos niveles de consumo, como resultado de la apertura comercial y la invasión de importaciones a bajo precio, y entonces los presupuestos sobre calidad de vida y satisfacción por el consumo han cambiado fuertemente (véase a García Canclini, 1999). Incluso entre los sectores más empobrecidos las expectativas de consumo también se alteraron (con situaciones conocidas como invertir los bajos ingresos en com-

2 Entre los estudios sobre la situación actual se pueden mencionar los ensayos en Álvarez, 2003, Drake y Jaksic, 2002, García Linera y otros, 2001, López Maya, 1999, Smith y Korzeniewicz, 1997; Lewkowicz, 2002, Del Búfalo 2002, CEPAL 2001.

prar ciertos calzados deportivos de marcas muy publicitadas). Este tipo de factores impactan sobre las opciones políticas que aparecen como posibles para los gobiernos. Cualquier medida de integración regional alternativa que afecte el consumo de bienes suntuarios generará reacciones negativas no sólo desde los agentes comerciales sino de amplios sectores de la población. Mucha gente espera del “libre comercio” la posibilidad de conseguir su propio automóvil o el mejor reproductor de DVD a bajo costo, y por lo tanto cualquier intervención sobre esos flujos comerciales desencadena reacciones desde los más variados sectores.

La responsabilidad social ha perdido sustancia derivando a posiciones de asistencialismo y compensación, ya que los mecanismos redistributivos son combatidos desde el mercado (véase por ejemplo a Larraín, 2000). El papel del ciudadano como sujeto activo en la construcción política también se reduce frente a posturas individualistas, con roles propios de un “consumidor” buscando su beneficio personal antes que el bien común.

La violencia urbana y el sentimiento de inseguridad avanza en muchas ciudades, y con ello la añoranza de sistemas de protección policial, mayores controles y ciertos niveles de autoritarismo. Los crecientes niveles de violencia se deben a varios factores, que van desde las condiciones de pobreza a la im-

plantación de patrones culturales donde todo vale, pero la importante es ser sinceros y admitir que se ha llegado a niveles escandalosos: entre los diez países con los más altos niveles de homicidios por armas de fuego, nueve son Latinoamericanos³. El promedio mundial de asesinatos es 8.8 por 100 mil habitantes (en base a registros del año 2000; OMS 2002), mientras que en Brasil una evaluación reciente los ubicaba en 27.8 (según el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística – IBGE). Ciudades como Rio de Janeiro, Sao Paulo o Caracas se encuentran en una situación que recuerda una guerra de baja intensidad aunque buena parte de la población parece haberse acostumbrado a ella.

Frente al impacto de estos datos, ¿cómo construir una verdadera integración regional en una cultura que es consumista, individualista y para colmo de males, crecientemente violenta?

La política se encoge

De esta y otras maneras, el mercado se convirtió en un escenario clave de las interacciones sociales, abarcando tanto aquellas áreas que dejaba el Estado como avanzando sobre otros ámbitos de la vida personal. Existe al menos toda una generación que realizó su socialización bajo este programa neoliberal, donde la política, en amplio sentido como deliberación pública del bien común, fue cercenada.

3 Venezuela con 34,30 por cada 100 mil habitantes, Brasil 21,72, Puerto Rico 19,12, Uruguay 13,91, Ecuador 13,39, Bahamas 12,96, Argentina 11,49, Belice 9,09, Paraguay 8,26; mientras que EE UU presenta una tasa de 10,27; sobre datos de OMS y UNESCO, según un reporte de prensa de AFP del 10 de mayo 2005.

Se observa una retracción hacia el espacio privado que explica en parte el fenómeno de la delegación democrática, acentuando los rasgos presidencialistas, con gobiernos más autoritarios y más alejados de la ciudadanía. Los partidos políticos han perdido protagonismo, y ese debilitamiento también impacta negativamente sobre los proyectos regionales. Por ejemplo, mientras que en la Unión Europea operan coordinaciones regionales de partidos ideológicamente emparentados (es el caso de los socialdemócratas o liberales que articulan posiciones comunes entre países, tienen bancadas en el Parlamento Europeo, etc.). Un proceso similar no ha logrado fructificar en América Latina por los problemas internos de los partidos, las trabas en coordinar a nivel regional, e incluso por las dificultades en descubrir tramas ideológicas comunes (ilustrado en el caso del Mercosur por las claras diferencias del peronismo argentino, principal sustento del gobierno Kirchner y el Partido de los Trabajadores de Lula da Silva).

Mucha gente desconfía de la política (con casos extremos en Chile donde los jóvenes no se inscriben en el registro electoral); los asuntos colectivos se volvieron una cuestión ajena favoreciendo prácticas propias de un "gerenciamiento" mercantil de servicios, donde los resultados regularmente han sido insuficientes y en no pocas instancias desembocaron en corrupción.

La cultura del individualismo y el debilitamiento de la política alimentan la creciente desconfianza interpersonal. Las evaluaciones de opinión pública muestran que el promedio regional en

América Latina está en el orden de un 15% de personas que confían en el prójimo; Uruguay presenta el nivel más alto con un 24%, pero de todas maneras éstas muy por debajo de la confianza observada en las naciones desarrolladas (usualmente superior al 50%; Latinbarómetro 2004). En esa evaluación Ecuador aparece con un 19% de personas confiadas, pero la situación es todavía peor en otras naciones, donde se destaca Brasil con un 4% el peor registro continental. Bajo estos niveles de desconfianza, ¿cómo se pueden construir políticas públicas?

El vaciamiento de la política por la cultura del consumo individual no resuelve los problemas de fondo, y los sectores que son excluidos de la construcción política en algunos casos han reaccionado para reapropiarse de su papel de ciudadanos. Las irrupciones indígenas y campesinas en los países andinos son en cierta medida intentos de volver a ser protagonistas de una construcción política de la que han sido marginalizados. Esas expresiones en muchos casos son inentendibles bajo los ojos del análisis convencional, en tanto reflejan una lógica de construcción política que no sólo es distinta sino que además entiende que los procesos y canales tradicionales heredados de la tradición europea, no les permite expresarse ni actuar como sujetos políticos, y por lo tanto buscan generar espacios alternativos. De la misma manera queda planteada la duda si la ausencia de irrupciones ciudadanas similares en países como Chile o Brasil no se deben solamente a una institucionalidad más fuerte, sino al creciente individualismo

y la profunda despolitización ciudadana⁴.

La pérdida de la soberanía

Los intentos de articulaciones regionales están ocurriendo bajo el contexto de una globalización capitalista arrolladora que discurre en planos que van desde la economía a la cultura, y que por lo tanto determinan drásticamente las opciones posibles para los países Latinoamericanos. Esa globalización tiene síntomas muy conocidos, como la creciente presencia de empresas transnacionales o la invasión de patrones culturales, y han sido objeto de muchos estudios y propuestas de reacción (por ejemplo dos Santos, 2004; Stiglitz, 2002; Giddens, 2000; Ianni, 1999; Beck, 1998). En la perspectiva de la posibilidad de una integración Latinoamericana es importante considerar algunos aspectos, no siempre evidentes, de la globalización actual. En este artículo se proponen dos: la pérdida de soberanía y la implantación de reglas de producción.

Hay una redefinición de la soberanía en sus expresiones prácticas. Los países mantienen ciertas formas de soberanía formal (por ejemplo entregar documentos de identidad o imprimir el papel moneda), pero muchas otras funciones han sido recortadas, se desvanecieron o fueron transferidas a un espacio transnacionalizado.

El caso más evidente se observa en las serias limitaciones de poder diseñar

políticas económicas nacionales autónomas en tanto éstas están condicionadas por agentes externos así como por condiciones internas. Entre los agentes externos es evidente el papel de instituciones como el FMI (por medio de las “cartas de intención” y otros acuerdos), el Banco Mundial (por medio de “cartas de política de desarrollo” o los préstamos para ajustes estructurales SAL), la OMC por medio de las reglas comerciales o los derechos de propiedad intelectual, etc., o las agencias calificadoras de riesgo (por ejemplo, Moody’s o Standard & Poor’s). El Banco Mundial, y detrás suyo el BID y el PNUD, se inmiscuyen en todos los países creando nuevos sistemas educativos y sanitarios, nuevos abordajes en la seguridad pública, modifican la acción municipal, alientan la privatización de la seguridad social, gestionan programas paraestatales en sectores claves como el combate a la pobreza, etc., y en todos los casos la perspectiva se basa en promover instrumentos de mercado.

En las áreas de seguridad nacional y regional es evidente el poder de los Estados Unidos; el caso más claro es la presencia efectiva de la DEA en varios países o la instalación de bases militares. Los procesos de integración regional actuales no han logrado detener esa pérdida de la soberanía, sino que incluso en algunos casos la han acelerado (por ejemplo con México con el TLCAN). Entre los factores internos se deben recordar varios de los puntos mencionados más arriba, como la necesidad

4 Existe una larga lista de estudios sobre la erosión de la política; tan sólo como ejemplo pueden verse los artículos en Ecuador Debate No 52, en especial Sánchez Parga 2004.

imperiosa de aumentar las exportaciones, generar superávits fiscales, atender los servicios del endeudamiento externo y mantener al menos los aspectos esenciales de las burocracias estatales en marcha.

Esta pérdida de soberanía reduce la autonomía y los países quedan atrapados en condiciones de subordinación. En algunos casos se está comenzando a describir estas condiciones como “Estados frágiles”, “Cuasi-Estados”, “Estados fallidos” o “países inviables”. Entretanto los gobiernos disimulan la pérdida de su soberanía real, y se contentan con jugar con los aspectos formales. Se observan escaramuzas que aluden a la defensa de la soberanía en la integración regional, cuando en realidad se debería admitir que cualquiera de nuestros países tienen márgenes de maniobra muy reducidos debido a una pérdida sustancial de soberanía⁵.

En realidad no se debería atacar a la integración desde el plano de la soberanía, ya que es la única oportunidad real con que se cuenta para recuperarla. Es posible adelantar que para enfrentar las condicionalidades internacionales es necesario articular posiciones comunes entre conjuntos de países. Un país en forma aislada tiene muy pocas posibilidades de enfrentar con éxito las condicionantes globales, ya que fácilmente podría ser excluido de los mercados globales o de los circuitos de inversión; pero esas posibilidades aumentan sustancialmente si un grupo de naciones

logra actuar en forma coordinada tanto en sus reclamos internacionales como en mecanismos de asistencia recíproca y complementación económica. Recuérdese las imposiciones y tortuosas negociaciones a las que fue sometida Argentina durante su default; todo ese proceso podría haber sido muy distinto si ese país hubiera contado con el apoyo de los demás socios del Mercosur frente al FMI, y es posible que se hubiesen logrado nuevas reglas de relacionamiento que también hubiesen sido beneficiosas en otros países muy endeudados del continente.

Mercaderías y reglas de producción

La globalización actual también tiene un componente distintivo al promover nuevas reglas sobre los procesos productivos. En efecto, se aplican regulaciones sobre fases como la apropiación de los recursos, su procesamiento, comercialización, y hasta el capital envuelto en esos pasos. En este momento de la globalización los conflictos sustantivos no residen en la propiedad sobre los medios de producción, sino en imponer reglas de funcionamiento sobre ellos. El juego del poder no apunta a la propiedad, sino que ataca la forma en que se aprovechan y manejan los recursos, y por estas razones incluso las empresas estatales deben someterse a esas reglas para ser “exitosas” y “competitivas”. Justamente ese proceso explica que las transnacionales latinas estata-

5 Existen varios conceptos por detrás de esos términos dependiendo de las condiciones de crisis, violencia, etc (véase por ejemplo a de Rivero 2002 para el caso de América Latina, o el reciente Moreno Torres y Anderson, 2004).

les, como Petrobras, generen problemas sociales y ambientales en Ecuador y Bolivia que resultan muy similares a los desencadenados por las grandes corporaciones del hemisferio norte.

Entre los casos más notorios están las nuevas reglas sobre los derechos de los inversores o la ampliación del concepto de "servicios". Esto ocurre por un proceso simultáneo donde diversos elementos pasan a ser considerados "mercaderías" y por lo tanto quedan bajo las reglas de comercio e inversión, mientras las propias reglas del comercio se expanden para abarcar nuevas áreas. El ejemplo más claro es el intento de imponer los "temas de Singapur" en la OMC, como servicios, políticas de competencia, inversiones, etc.

Lo que esta globalización impone es una forma de regular la producción capitalista y el flujo de capitales. Las unidades productivas mantienen una dura competencia entre ellas, la eficiencia se concentra en las tasas de ganancia, los conflictos se dirimen por instrumentos de mercado, donde se ignoran las externalidades sociales y ambientales. La competencia de los Estados-nación se redefine en función de esas reglas; uno de sus resultados es que los conflictos claves se dirimen más allá de las competencias estatales, tal como sucede con los tribunales arbitrales del Banco Mundial (CIADI).

Este proceso es más profundo, más insidioso y mucho más amplio, ya que se reproduce dentro de nuestros propios países. Las nuevas reglas de producción también generan nuevas subjetividades afectando los patrones culturales, tal como se comentó arriba (Hardt y Negri, 2002). De esta manera la defensa de ese

"libre comercio" y la apuesta a acuerdos como el ALCA, tiene lugar no sólo en Washington, sino que se repiten en las grandes empresas Latinoamericanas, en muchos gobiernos (los casos más claros son Chile y Colombia) y desde muchas cátedras universitarias.

Integración blanda y desintegración productiva

¿Cuál es el objetivo de la integración? En otras palabras, para qué deseamos una vinculación más estrecha entre los países de América Latina. En el pasado esa pregunta se contestaba aludiendo a la liberación y autonomía de los pueblos; en la actualidad se responde invocando el aumento en el comercio. Está claro que restringir la respuesta al tema comercial no es suficiente, y probablemente terminará siendo funcional a los tratados de libre comercio convencional. Una respuesta adecuada implica incorporar otras dimensiones que también afectan la integración, como los patrones culturales que definen las aspiraciones en calidad de vida, o las esferas políticas que posibilitarían coordinar estrategias productivas. Desde esa perspectiva es indispensable incorporar los "temas olvidados".

Los argumentos y evidencias presentados en las secciones anteriores indican que muchas de las reformas neoliberales realizadas en la región han desencadenado cambios sustanciales que limitan seriamente los procesos de integración. La globalización contemporánea refuerza la permanencia de esos cambios y en muchos casos los profundiza. Estos factores hacen que nuestros países sigan atrapados en un capitalis-

mo periférico donde se ofrecen productos de exportación similares, y por lo tanto se compete en los mercados globales.

Las condiciones actuales reales operan en sentido contrario generando una “desintegración” productiva. Los países no logran articularse productivamente, y terminan compitiendo entre ellos, tanto en el plano de las exportaciones como en ofrecer ventajas para atraer la inversión externa. El problema se agrava todavía más en tanto las disputas comerciales sobre temas como aranceles, certificados de origen o proporción de contenido nacional, no constituyen la esencia de los problemas de integración sino que son su epifenómeno. Las trabas se encuentran en asuntos mucho más sustanciales, como el rechazo a la supranacionalidad, la incapacidad para generar políticas regionales o la propia esencia de las estrategias de desarrollo, las que están directamente relacionados con los “temas olvidados”.

Incluso dentro del MERCOSUR, donde actualmente existe una cercanía ideológica entre casi todos los gobiernos, las políticas seguidas no contribuyen a la integración regional y no resuelven las tensiones. En efecto, el bloque está creciendo por medio de convenios restringidos al plano comercial y no generan compromisos políticos (bajo esta “expansión débil” se han sumado Chile, Bolivia y Perú, y más recientemente el resto de la CAN). De esta manera se ganan nuevos asociados, lo que sirve para alimentar las declaraciones optimistas, pero que debilita la identidad política del MERCOSUR. Esta tensión entre la “expansión débil” y el de-

bilamiento político explica que no se lograra un acuerdo en muchos temas comerciales y políticos.

Las condiciones de subordinación y debilidad económica se acentúan por los problemas en generar espacios políticos, tanto para fundamentar una estrategia de inserción internacional más vigorosa como para lograr apoyos ciudadanos para explorar alternativas reales. En tanto la gobernabilidad a escala nacional está en crisis, se hace mucho más difícil lograr una “gobernabilidad regional”. Esas dificultades hacen que los gobiernos se alejen cada vez más de la política y vuelvan a recalar en el campo comercial justamente porque en esos ámbitos no se les exigen resolver problemas políticos.

La integración regional en sus formatos actuales no responde a los problemas reales de la región. Es una “integración blanda” que fluye bajo diferentes intentos, distintos marcos conceptuales, y que su propia esencia flexible hace que no se logren acuerdos políticos vinculantes entre los países. Es tan flexible que todos pueden ser miembros del MERCOSUR sin ninguna coordinación política. Paralelamente existe un andamiaje comercial muy rígido, impuesto por la dinámica capitalista, y esa rigidez tiene determinaciones mucho más profundas en la integración real que se vive en la región. Las reglas actuales del comercio no necesariamente contribuyen a la integración, sino que en algunos casos, cuando son aplicadas bajo el formato de tratados de libre comercio, impiden el acercamiento entre los países al mantener o acentuar la competitividad comercial (Gudynas,

2005). Ese comercio rígido nos regresa a la realidad donde las naciones compiten entre ellas y se miran con desconfianza.

Por esta razón la integración que vivimos deviene en una serie de símbolos y gestos, pero que no logran frenar ni revertir una dinámica económica que opera en sentido opuesto, a la desintegración, donde países y empresas compiten continuamente en el mercado. Posiblemente los símbolos más ambiciosos se sucedieron en 2004 con el lanzamiento de la Comunidad Sudamericana de Naciones en Cusco (Perú). Si se avanza más allá de los titulares de la prensa, se observará que en realidad el documento firmado por los gobiernos es una vaga declaración donde se anuncia el inicio de negociaciones para una futura asociación. Pero incluso en ese momento fueron evidentes las tensiones, ya que fue notoria la ausencia de tres presidentes del MERCOSUR en disconformidad con las actitudes de Brasil. Un problema similar se plantea entre la propuesta de esa Comunidad y el lanzamiento del ALBA por Cuba y Venezuela.

Autonomía y ciudadanía para un nuevo regionalismo

La recuperación de los “temas olvidados” genera un programa de análisis y debate para construir un nuevo programa en la integración regional. Es posible mencionar algunos puntos destacados para responder a varios de los problemas analizados a lo largo del presente artículo. En primer lugar es fundamental volver a recuperar la autonomía. Esta meta es esencial tanto para un reposicionamiento a nivel internacional

como por la necesidad de cambiar las actuales estrategias de desarrollo. La autonomía es clave para dejar de depender de las exportaciones de productos primarios o para superar las imposiciones asociadas a la deuda externa; es indispensable para controlar el flujo de capitales y para poder recuperar la iniciativa en diseñar las políticas nacionales. La autonomía también es el fundamento para comenzar a recuperar la soberanía; en otras palabras, es recuperar las capacidades soberanas para escoger el destino de nuestras naciones.

En segundo lugar, bajo esta nueva óptica la integración regional pasa a ser una condición necesaria para alcanzar la autonomía. En efecto, la coordinación entre países permite fortalecer el peso negociador internacional, amplía los márgenes de maniobra frente a las instituciones globales y reduce la dependencia si logra generar articulaciones económicas. Por esta razón, se propone un formato de “regionalismo autónomo”, donde acuerdos como la CAN o el MERCOSUR permitan recuperar autonomía tanto a nivel nacional como a nivel regional. A diferencia del “regionalismo abierto” de la CEPAL, la propuesta de “regionalismo autónomo” busca un reposicionamiento frente a la globalización para abandonar las condiciones de subordinación y exige una fuerte coordinación productiva.

En tercer lugar, resulta evidente que este “regionalismo autónomo” no es posible bajo las actuales políticas de desarrollo y estrategias comerciales. Son necesarios cambios importantes en esas políticas, volviendo a poner como primer objetivo la calidad de vida, y no el mero aumento de las exportaciones. Es

necesario terminar con la dependencia de la venta de materias primas hacia fuera de la región, aquí también un nuevo regionalismo permitiría ensayar varias alternativas. En efecto, es posible reorientar la producción y el comercio hacia las necesidades regionales, promoviendo así mayores complementariedades y encadenamientos productivos. Se han sucedido algunos intentos de este tipo (por ejemplo, la presencia de compañías chilenas en varios países andinos), pero nunca fue parte de un proceso de promoción de articulación productiva ni de generación de políticas comunes regionales. Bajo esta idea, el comercio regional en lugar de ser "rígido" debe ser flexible en tanto debe servir a los intereses regionales, donde la primera prioridad es atender las demandas regionales de alimentos, energía y recursos básicos para elevar la calidad de vida y combatir la pobreza.

La propuesta del **"regionalismo autónomo"** busca un fuerte compromiso en esa articulación, donde la generación de políticas sectoriales regionales es cuestión de la mayor importancia. En ese sentido, bajo esta nueva idea los bloques regionales deberían comenzar a discutir políticas regionales en cuestiones claves como agricultura y energía. Este tipo de integración no es posible si se vuelve a caer en el uso de esquemas de jerarquía y subordinación tradicionales donde el país grande impone condiciones al país pequeño (no es aceptable, por ejemplo, un regionalismo basado en un liderazgo de Brasil que se apoye en subordinaciones y condicionalidades sobre sus vecinos). Por lo tanto, la marcha del "regionalismo autónomo" sin duda potenciará el co-

mercio regional, donde el tamaño relativo de las economías tendrá sus consecuencias, pero también será un proceso político basado en otras lógicas de relacionamiento más allá de la economía. Este regionalismo apuesta a la integración como proceso, y no la confunde con meros acuerdos de libre comercio (véase Gudynas 2005 por las diferencias entre los TLCs y los procesos de integración).

Se llega así al cuarto punto, que se refiere a la reconstrucción política y la generación de ciudadanías regionales. En efecto, el "regionalismo autónomo" necesita de una reconstrucción de los espacios políticos, dándole una nueva sustancia al proceso de integración partiendo desde el protagonismo ciudadano. No todo es individualismo, violencia y corrupción, ya que también hay ejemplos de solidaridad y entrega que deben ser promovidos; la resistencia que busca recuperar el protagonismo político debe ser amparada en lugar de ser atacada; y además deben apoyarse los espacios de participación ciudadana. El neoliberalismo ha tenido un profundo impacto en deteriorar la vida política y festejar el individualismo, por lo que el volver a dotar de vida esos espacios es una de las maneras más efectivas para superar esa herencia.

La integración regional debe ser politizada, vigorizando los espacios regionales de generación de políticas comunes, apuntando a mecanismos de representación política regionales dotados de poderes reales. Es necesario volver a contar con ciudadanos, en el sentido de actor político, interesado en el bien común, y dar un paso más hacia las ciudadanías regionales. Esto signifi-

ca, por ejemplo apoyar la idea del Parlamento del MERCOSUR, pero a diferencia de la postura actual que lo convierte en un organismo asesor, debe ser dotado de capacidades legislativas reales. Paralelamente se deben explorar comités representativos para manejo de áreas de fronteras o regiones compartidas entre dos o más países. Un ejemplo concreto sería un “comité de representantes ciudadanos” para la alta cuenca amazónica compartida por Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, donde las comunidades locales puedan participar directamente en la gestión de los recursos de esos territorios, y no quedar siempre sumidos a las decisiones de las capitales, las que no coordinan entre sí y terminan permitiendo emprendimientos de alto impacto social y escasa generación de riqueza local.

El fortalecimiento político es también importante para generar normativas supranacionales. Hasta ahora la supranacionalidad ha sido mirada con desconfianza por casi todos los países; más allá de los discursos en favor de la unión regional en el ámbito de la CAN y en el MERCOSUR, ésta nunca llegó a concretarse. Desde el punto de vista del “regionalismo autónomo”, la supranacionalidad no es un problema, sino que es el medio que permite re-politizar la integración y vertebrar las políticas regionales. Es momento de generar normas supranacionales y políticas coordinadas: en primer lugar en materia agropecuaria o energética, para manejar de manera más juiciosa recursos que son cada vez más escasos y valiosos, y para poder reorientarlos a las necesidades nacionales. Seguidamente, la supranacionalidad y la complementación pro-

ductiva deben generar condiciones para una real coordinación macroeconómica, incluyendo posturas comunes frente a los organismos financieros internacionales y mecanismos compartidos para el control de los capitales volátiles.

La idea del “regionalismo autónomo” es una propuesta en marcha, aunque si bien se ha avanzado en muchos puntos quedan otros que requieren elaboraciones más detalladas. Es un camino en el que, a diferencia de las perspectivas comerciales tradicionales, se apunta a dejar de ser meros actores periféricos, movidos al vaivén de los precios de las materias primas, que acatan las misiones de las instituciones financieras internacionales, para volver a ser sujetos.

Bibliografía

- ACOSTA, A., S. LÓPEZ OLIVARES y D. VILLAMAR
2004 **Oportunidades y amenazas económicas de la emigración**, II. La Insignia, 23 agosto (www.lainsignia.org)
- ALVÁREZ, C. (comp.)
2003 **La Argentina de Kirchner y el Brasil de Lula**. CEPES, Cedec y Prometeo, Buenos Aires.
- ARRIGHI, G.
1998 A ilusão do desenvolvimento. Vozes, Petrópolis.
- ARRUDA SAMPAIO, P.
2005 **¿Qué ha cambiado en Brasil después de Lula?** El Juguete Rabioso, La Paz, No 124, pp 12-13.
- BECK, U.
1998 **¿Qué es la globalización?** Paidós, Barcelona.
- BIRCH, M.H. y J. HAAR (comps.)
2000 **The impact of privatization in the Americas**. North Center Press, University of Miami, Miami.
- BURKI, S.J. y G.E. PERRY.
1997 **The long march. A reform agenda for Latin America and the Caribbean in the next decade**. World Bank, Washington.

- BURKI, S.J. y G.E. PERRY.
1998 **Más allá del Consenso de Washington: la hora de la reforma institucional.** Banco Mundial, Washington.
- BURKI, S.J., G.E. PERRY y W. DILLINGER.
1999 **Beyond the center: decentralizing the state.** World Bank, Washington.
- CEPAL.
1994 **El regionalismo abierto en América Latina y el Caribe.** CEPAL, Santiago.
- CEPAL
2001 **Una década de luces y sombras. América Latina y el Caribe en los años noventa.** Alfaomega y CEPAL, México.
- COCKCROFT, J.D.
2001 **América Latina y Estados Unidos. Siglo XXI,** México. de Rivero, O. 2002. **O mito do desenvolvimento. Os países inavêis no século XXI.** Vozes, Petrópolis.
- DEVÉS VALDÉZ, E.
2003 **El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II.** Biblos, Buenos Aires.
- DRAKE, P. e I. Jaksic (comps.)
2002 **El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa.** LOM, Santiago.
- DOS SANTOS, T. (comp.)
2004 **Globalização. Dimensões e alternativas.** PUC Rio y Loyola, São Paulo.
- GARCÍA CANCLINI, N.
1999 **La globalización imaginada.** Paidós, Buenos Aires.
- GARCÍA LINERA, A. y colabs.
2001 **Tiempos de rebelión.** Muela del Diablo, La Paz.
- GIDDENS, A.
2000 **Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas.** Taurus, Madrid.
- GUDYNAS, E.
2004 **El ALCA se marchita pero florecen los tratados de libre comercio,** pp 233-257, En: "Libre comercio: mitos y realidades" (A. Acosta y E. Gudynas, comps.). ILDIS, D3E y AbyaYala, Quito.
- GUDYNAS, E.
2005 **Dos caminos distintos: tratados de libre comercio y procesos de integración.** En: "TLC - Más que un tratado de libre comercio" (A. Acosta y F. Falconi, eds). ILDIS y FLACSO, Quito, en prensa.
- HARDT, M. y A. NEGRI
2002 **Imperio.** Paidós, Buenos Aires.
- IANNI, O.
1999 **La era del globalismo.** Siglo XXI, México.
- IISD y WWF
2001 **Private rights, public problems. A guide to NAFTA's controversial chapter on investor rights.** IISD y WWF, Manitoba.
- LARRAÍN, J.
2000 **Identity and modernity in Latin America.** Polity, Cambridge.
- LATINBARÓMETRO
2004 **Informe resumen Latinbarómetro 2004. Una década de mediciones.** Corporación Latinbarómetro, Santiago.
- LEWKOWICZ, I.
2002 **Sucesos argentinos. Cacerolazo y subjetividad postestatal.** Paidós, Buenos Aires.
- LÓPEZ MAYA, M. (comp.)
1999 **Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste.** Nueva Sociedad, Caracas.
- LÓPEZ VILLAFANE, V. y J.R. DI MASI
2002 **Del TLC al Mercosur. Integración y diversidades en América Latina. Siglo XXI,** Argentina.
- MARTINS, C.E.
2005 **Neoliberalismo e desenvolvimento na América Latina,** pp 139-167, En: "La economía mundial y América Latina" (J. Estay Reinoso, comp.). Clacso, Buenos Aires.
- MORENO TORRES, M. y M. ANDERSON
2004 **Fragile States: Defining difficult environments for poverty reduction. PRDE Working Paper 1, DFID** (UK Department International Development).
- O'DONNELL, G.
1997 **Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización.** Paidós, Buenos Aires.
- SÁNCHEZ PARGA, J.
2004 **¿Por qué se deslegitima la democracia? El desorden democrático.** Ecuador Debate No 62: 41-81.
- SMITH, W.C. y R.P. KORZENIEWICZ (comp.)
1997 **Politics, social change and economic restructuring in Latin America.** North South Center Press, University of Miami, Miami.
- STIGLITZ, J.E.
2002 **El malestar en la globalización.** Taurus, Buenos Aires.
- US
2002 **The national security strategy of the United States of America.** The White House, Washington.